

Alejandro Ernesto Bunge: ideas, proyectos y programas para la Argentina post-liberal (1913-1943)

HERNÁN GONZÁLEZ BOLLO

Este artículo establece algunas vías para el estudio del pensamiento de Alejandro Ernesto Bunge a partir de un catálogo bibliográfico, que organiza treinta años de su obra escrita (1913-43), y de una bibliografía seleccionada, que trata sobre el clima intelectual y político y la historia de las políticas económicas de la entreguerra. Buena parte de la bibliografía de Bunge o bien es fuente habitual para reunir datos cuantitativos, o bien es utilizada por la historiografía argentina para recoger reflexiones que reflejen el espíritu de la época. Me interesa aquí restituir esos datos y reflexiones al cuerpo que les dio vida para explorar las trazas de un intelectual que, a través de libros, folletos, artículos y prólogos, se dirige a una diversidad de auditorios, lectores y críticos. La pregunta inicial es cómo integrar la diversidad de campos de actividad de Bunge sin caer en la tentación de acumular acciones y prácticas sin jerarquías y terminar por convertir tres décadas de vida en un artefacto biográfico, sin rupturas, y de una sospechosa homogeneidad en sus temas de análisis de principio a fin. De allí surgen tres cuestiones: si tomamos en cuenta los comentarios y las reseñas de sus coetáneos, la hipótesis de Bunge como un pensador solitario pierde validez; una lectura detenida de los argumentos de *Una nueva Argentina* (1940) permite concluir que esta obra resume en mayor medida las preocupaciones del demógrafo en la década del

treinta; por último, las reflexiones sobre los problemas económicos y sociales pendientes en la Argentina han sido asociadas a cierta capacidad anticipatoria -ligada al ascenso del peronismo- que les quita contemporaneidad a las diferentes etapas de la agenda o programa del estadístico.

La palabra escrita de Alejandro Bunge permite reconstruir los perfiles de una trayectoria de vida signada por logros y fracasos, relaciones y polémicas, ideas, proyectos y programas para un país que concluía una exitosa integración política, económica y social, en medio de una de las crisis (1913-17) más profundas que tuvo en su historia. Por una parte, es posible distinguir entre sus reflexiones sobre la sociedad y la economía argentina un proyecto de tinte nacionalista, conservador y perfeccionista moral, que trataba de reencauzar la sociedad aluvial, tal como definió a la Argentina moderna José Luis Romero. Siguiendo esta hipótesis, Bunge fue reactivo ante la crisis de paradigmas intelectuales por la que avanzaba la primera posguerra y, ante la incertidumbre económica, se presentó como parte de un colectivo mayor de hombres e ideas que buscaron un ordenamiento corporativista que permitiera a los países nuevos achicar la brecha de atraso tecnológico y dar un salto en la composición de la estructura productiva. Su proyecto, sin embargo, no estuvo exento de elementos modernos y

vanguardistas. Como prueba de ello se destacan la necesidad de incorporar un amplio repertorio de datos empíricos para transformar la realidad nacional, la aceptación de la industrialización manufacturera como base de la modernización de la economía y de las pautas de conducta de las clases sociales, y la modernización del Estado.

La tensión entre conservadurismo y modernismo en las ideas de Alejandro Bunge no es más que un rasgo distintivo de la heterodoxia en la que vivieron las mentes pensantes de uno de los períodos más oscuros y convulsionados del siglo XX. Tal como plantea Charles S. Maier, fue una era de búsqueda de estabilidad a toda costa, y cuando se alcanzó, fue a partir de salidas en falso, que daban inicio a nuevos desafíos y presiones sectoriales¹. Bunge consideró la realidad argentina para incorporarse a un diálogo mayor sobre el atraso y la modernización económica y social de las naciones, en el que participaron, entre otros, los estadísticos Corrado Gini, Wesley Mitchell y Ragnar Frisch, los economistas John Maynard Keynes, Thorstein Veblen, Irving Fisher y Ernst Wagemann, los funcionarios gubernamentales Herbert Hoover, Mihail Manoïlesco y Walter Rathenau, y los médicos Alexis Carrel y Raymond Pearl. La obra de Bunge tuvo sus hitos y sugiero aquí tres etapas. La primera (1913-21) gira alrededor de la figura del joven y creativo funcionario, que ascendió dentro de la red de oficinas descentralizadas de las estadísticas públicas, y del demógrafo con una marcada tentación correctiva de las conductas 'desviadas'. En la segunda etapa (1921-32) se alternan las figuras del economista-consultor de diferentes intereses corporativos, del tecnócrata que ensaya una gestión estatal sobre la economía para transformar la sociedad y del divulgador económico en los medios de prensa. Las tres figuras juntas llevarán a la consagración del académico. La tercera y última etapa (1932-43) es la del declive del intelectual conservador y del demógrafo pesimista sobre el futuro del país.

1. El funcionario estadístico: 1913-21

Alejandro Bunge fue jefe de la División Estadística, del Departamento Nacional del Trabajo (DE, DNT), entre 1913 y 1916, y luego ascendió a jefe de la Dirección General de Estadísticas de la Nación (DGEN), entre 1916 y 1921. Entre los 33 y los 41 años tuvo la etapa más creativa de su vida, en la que construyó una rutilante carrera en la alta administración pública, aportando al conocimiento económico, social y demográfico del país. A partir de la creación y perfeccionamiento de objetos de análisis, amplió sus relaciones académicas, nacionales e internacionales. Al mismo tiempo, llevó el 'estigma' de ser un militante del catolicismo social y fue por ello aislado y acusado de perder objetividad en sus tareas oficiales.

Los funcionarios estadísticos tuvieron alto predicamento en los modernos Estados liberales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Ante los efectos dislocadores de la Primera Guerra Mundial (1914-18) sobre las políticas públicas, las estadísticas desarrollaron nuevas herramientas cuantitativas que les dieron más poder para elaborar diagnósticos sobre el presente y el futuro del papel del Estado en las sociedades de su tiempo. Alejandro Bunge representa, dentro del Estado argentino, a una parte de la alta burocracia estatal que sostenía que el ciclo agroexportador pampeano extensivo, dominado por la gran propiedad agraria, con inmigración europea golondrina de baja calificación laboral e inversión pública volcada en la infraestructura agraria, había quedado irremediabilmente agotado. Bunge impulsó la reorientación de la red informacional del Estado argentino en favor del mundo urbano industrial y de las economías regionales, pues allí se encontraban los recursos humanos y las materias primas para una nueva economía cuya base era el mercado interno. En su propuesta eran contabilizados los productores antes que consumidores, en un plan alternativo a un comercio exterior cerrado por la Gran Guerra. Muchas de sus ideas eran tributarias o perfeccionaban las propuestas de la

generación precedente de los estadísticos argentinos. Ellos fueron, Francisco Latzina, jefe de la DGEN (1880-1916), Alberto B. Martínez, jefe de la estadística de la ciudad de Buenos Aires (1887-1925) y subsecretario de Finanzas del Ministerio de Hacienda (1892-97, 1898-1901 y 1910-12), y Juan A. Alsina, jefe del Departamento General de Inmigración (DGI) (1890-1910). Abrevó también en las ideas de estadísticos de renombre internacional, tales como el británico Arthur Bowley (1869-1957), encargado de los detalles del *Minority Report of the Poor Law Commission* británica (1909), y el norteamericano Wesley Mitchell (1874-1948), responsable de la Sección Estadística de Precios del Comité de Industrias de Guerra en los Estados Unidos (1917).

Como jefe de la DGEN, Alejandro Bunge defendió un Estado con una fuerte presencia en la sociedad, con solidez financiera y capacidad de recolección de un repertorio de datos económicos y sociales para intervenir. No era ajeno a las expectativas de Mitchell cuando fundó la National Bureau of Economic Research (1920), que abrigaba la esperanza de un futuro inmediato donde las estadísticas económicas y sociales brindarían las herramientas necesarias para acometer la enorme tarea que emergía de la primera posguerra: desarrollar un método con el que se pudiera acumular progreso en la organización social². Bunge demandó duplicar el presupuesto nacional de la DGEN para superar la capacidad de gestión pública dentro de una administración inferior “a la que corresponde a un estado de tres o cuatro millones de habitantes”³. Con una actividad económica nacional asfixiada por la fuga de capitales (1913) y, más tarde, por la depresión de los precios ganaderos (1920), la intervención pública en ella debía ser excepcional, a tono con las circunstancias puntuales⁴. Latzina había calculado numerosas veces la renta nacional y Bunge perfeccionó esa estimación en *Riqueza y renta en la Argentina* (1917), al incorporar un cómputo «funcional», en el que primaban los ingresos y los consumos de las clases obrera, media y alta. De Alberto B. Martínez tomó su preocupación por los

recursos fiscales del presupuesto nacional y la política de equilibrio que debían tener las finanzas públicas. Martínez había defendido el sistema fiscal surgido en 1891, en el que convivían impuestos indirectos y directos, y abría las puertas a “retoques” en la legislación fiscal⁵. A tono con esa flexibilidad en materia tributaria, Alejandro Bunge propuso en 1917 introducir el impuesto a la renta, pero no para suplir otros gravámenes sino para completar recursos de una estructura de gastos gubernamentales inelástica:

“Con esto llego a la conclusión de que no tiene fundamento la política de las economías a toda costa, que no es otra cosa que la disminución de la capacidad y eficiencia administrativa; de que esta política es atentatoria a los intereses de la Nación (con las muchas y urgentes nuevas necesidades que llenar) que necesita en estos años la mayor libertad de movimiento y de acción.”⁶

Desde su cargo de jefe del DGI, Juan A. Alsina fue un entusiasta promotor de leyes protectoras de las manufacturas que, junto a la radicación de inmigrantes en esas zonas, impulsarían las economías regionales, lo que a su vez disminuiría las importaciones de productos⁷. Sobre esa argumentación, Alejandro Bunge elaboró un estudio acerca de las diferentes ramas fabriles en *Las industrias argentinas durante la guerra* (1919) y concluyó sus observaciones con un cauteloso optimismo. En el quinquenio 1914-18 observó que la industria obtuvo un 15% de los capitales invertidos pero absorbió un modesto 10% de la mano de obra industrial, en un contexto de alta desocupación. La ventaja comparativa de algunas actividades manufactureras nativas era que los costos de los países industriales habían subido, aunque intuía que la respuesta internacional era la devaluación competitiva de sus monedas. La Argentina poseía una circulación monetaria con una cobertura en oro mayor a la de los países centrales y eso atraería mano de obra calificada y de dirección europea a una infraestructura fabril en plena expansión. La inflación de precios internos no debía ser un problema, pues “nuestro bienestar y nuestro progreso serán las consecuencias... de la prosperidad

de nuestras industrias y de nuestra producción, las cuales no pueden prosperar sino con determinados precios... el bienestar nacional depende de nuestra mayor «capacidad productiva» y de nuestra mayor «capacidad distributiva», es decir de transporte terrestre, fluvial y marítimo”⁸.

La comisión del Tercer Censo Nacional (1914) se negó a establecer una pregunta sobre quiénes estaban entonces desocupados y la División Estadística y Economía Rural (DEyER), del Ministerio de Agricultura, no computaba el número de personas ocupadas en las áreas cultivadas que ellos registraban en sus pronósticos de las campañas agrícolas. Alejandro Bunge dismanteló y reorganizó la categoría socio-laboral «obrero», rompiendo con los prejuicios de sus pares, tal como lo hacían los técnicos gubernamentales de los países industriales⁹. El debut de la estadística socio-laboral del DE, DNT tuvo como contexto una conflictividad social que se trasladó del centro de la producción agraria pampeana, con el Grito de Alcorta (1912), al parque industrial de la ciudad de Buenos Aires, con la Semana Trágica (1919). El énfasis de su análisis económico y social fueron las familias obreras, por las que tenía una piadosa consideración:

“Estudiaba las planillas, las comparaba con las estadísticas de otros países y no podía contener mi imaginación que volaba a los conventillos durante la noche para ver el hacinamiento... ¿Cómo se acomodarían ocho o nueve personas? ¿Cómo dormirían? Parecióme respirar la atmósfera viciada, oír el llanto de los niños y las quejas de algún enfermo... Ignoraba la magnitud de esa dolorosa llaga de nuestra capital. Los números me la revelaron en toda su extensión, ya tarde, después de varias horas de estudio, llegué a la convicción y a la comprensión del hecho, el dolor era grande... ¡Cuántas desdichas!... ¿Cómo se podría leer, estudiar, meditar en las horas de reposo, en aquel hacinamiento? ¡Cuánto sufriría la vida de familia! ¡Cómo se reducirían las satisfacciones del hogar!”¹⁰

Bunge integró a los trabajadores parados del ciclo económico recesivo al convertirlos en una variable de la producción de la tota-

lidad de bienes y servicios nacionales. Al igual que William Beveridge (1873-1963), el ‘abuelo’ del Estado benefactor inglés, en su *Unemployment. A problem of Industry* (1909), sostenía que la desocupación provenía de la organización misma de la industria y del mercado laboral. En la Argentina jugaba un papel nada despreciable el sector agrario, con la expulsión de mano de obra estacional que deprimía los salarios manufactureros. A la par de la propuesta de Beveridge, Bowley proponía una política sistemática de obras e inversiones públicas en consonancia con el paro cíclico. Aquellas se iniciarían antes de que el aumento del número de parados alcanzara el 4% del total de los ocupados. Esta «demanda artificial» de trabajo público habría de cubrir un «ajuste en el tiempo» de la demanda ordinaria y sería necesaria la organización del mercado de trabajo para el paro estacional¹¹. En la Argentina estas intenciones implicaban un choque de jurisdicciones dentro de las estadísticas públicas, con la DEyER, en lo que se refiere a discutir cuál era el ‘verdadero’ mercado laboral, y con el DGI, dada la propuesta de Bunge de reorientar el uso del boleto de ferrocarril, no ya para internar inmigrantes transatlánticos sino para facilitar la circulación regional de la mano de obra temporalmente desocupada. Si bien falló, el proyecto de la DE-DNT revela la presencia más activa del Ministerio del Interior en una definición más amplia de la conflictividad laboral, frente a la visión sostenida por las agencias dependientes del Ministerio de Agricultura. El análisis de la desocupación urbana abrió el debate sobre las condiciones de vida de la familia obrera y dio como resultado la creación del primer cálculo del costo de la vida (1918), una fórmula ponderada de los consumos en alimentos, vestimenta, menaje y vivienda de una unidad doméstica porteña.

Tal como lo habían hecho los cálculos de la renta de Latzina y las investigaciones sobre la moneda y las finanzas públicas de Martínez, Alejandro Bunge construía desde su análisis del mercado laboral y de la estructura del consumo popular urbano una visión global de la economía argentina.

Ella incluía bienes, servicios públicos y privados, ingresos según grupos sociales segmentados y capitales de las empresas, elementos que le permitieron construir una rudimentaria perspectiva macroeconómica, que la condensó en *Riqueza y renta en la Argentina* (1917), pero también en el informe de la DGEN, *El intercambio económico de la República Argentina en 1916* (1917).

La preocupación del economista por el mundo obrero se contrapone con el severo juicio del demógrafo sobre el componente socio-profesional de la inmigración europea y las conductas sociales de las familias del interior. En su demografía Bunge se convertía en un partidario del perfeccionismo moral que, siguiendo a Carlos Nino¹², podemos definir como una concepción que sostiene que lo que es bueno para un individuo es independiente de sus propios deseos y que el Estado de manera paternalista puede, a través de distintos medios, dar preferencia a aquellos intereses y planes de vida que son objetivamente mejores. Así, los inmigrantes deberían ser radicados en el interior, según la capacidad receptiva de cada región, seleccionando a los “obreros calificados, es decir, con una profesión bien entendida, y no los torpes «jornaleros» que nada saben ni nada entienden destinados solamente a ayudar a los demás”¹³. Del mismo modo, la alta tasa de nacimientos ilegítimos y la baja nupcialidad en las provincias de Corrientes, Jujuy, Salta y Santiago del Estero, deberían poner a “los hombres de Estado, los directores de la docencia nacional y provincial, y el episcopado argentino... [en] la necesidad de ocuparse seriamente en arbitrar las soluciones que pongan a término, en el menor número de años posible, a hechos que significan una anomalía”¹⁴.

Fuera de las estadísticas públicas, Alejandro Bunge transfirió sus modelos estadísticos e ideas al campo académico y a la prensa diaria, donde conformó sus primeros auditorios. Fue profesor suplente de la cátedra de Estadística de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, bajo la titularidad del matemático italiano Hugo Broggi (1880-1965), desde su

creación en 1913. A esto sumó el dictado de un curso libre de Economía Política¹⁵. También, inició otro de estadística y geografía económica en la Facultad de Derecho, de la Universidad de La Plata (1918), un curso de postgrado dictado en la Universidad de Tucumán (1919) y las conferencias que ofreció en el Museo Social Argentino (1917). Gastón Federico Tobal, profesor suplente de Geografía Humana, de la Facultad de Ciencias Económicas, en sus *Lecciones de Geografía Argentina* (1921), citaba ampliamente los libros de Bunge como obras de consulta “en las que me he inspirado, ya que en estas obras no puede aspirarse a otra originalidad que la del *método*, que es la que reclamo”¹⁶. En esos circuitos, en los que se hacía necesario debatir “el estudio de los hechos y problemas de nuestra economía... y recoger en los países extranjeros los resultados de la experiencia económica razonada”, Alejandro Bunge estableció un marco de coincidencias con sus colegas Juan José Díaz Arana, Luis Roque Gondra y Enrique Ruíz Guñazú para editar juntos la *Revista de Economía Argentina*, a partir de julio de 1918¹⁷. Ruíz Guñazú, presidente del Museo Social Argentino (1918-19), le pidió compilar e interpretar las cuarenta y cinco respuestas del cuestionario sobre el futuro de la inmigración argentina, repartido -a instancias del Consejo Superior- entre miembros de la *élite* dirigente argentina¹⁸. Bunge alcanzó renombre internacional cuando presentó sus índices numéricos, que había aplicado en el cálculo del costo de la vida, en un estudio sobre las oscilaciones del valor de las monedas, entre los economistas reunidos en la Segunda Conferencia Panamericana (1920)¹⁹. Irving Fisher (1867-1947) y George Knibbs (1858-1929) se identificaron con su propuesta de estabilización de las monedas y, de esta manera, facilitaron su ingreso a la comunidad académica anglosajona.

El diario *La Nación* reprodujo un informe del director de la DGEN, con un copete de presentación que rezaba, “se trata, como se verá, de un estudio por todos conceptos interesante, y que contiene abundantes elementos de juicio para apreciar la situación comercial del país”²⁰. *La Razón* comentó

favorablemente la introducción de la nueva metodología estadística ya que permite distinguir el valor nominal y el valor real del intercambio comercial²¹. *La Prensa* hizo eco del pedido de aumento de la partida presupuestaria para la DGEN y denunciaba la falta de coordinación entre las diversas oficinas nacionales y provinciales abocadas a esa tarea²². *The Buenos Aires Herald* elogió *Los problemas económicos del presente* (1920) y sobre el autor concluyó que no era “necesario tener presente una gran profundidad de visión para comprender que el señor Bunge es, en el fondo, un reformador”²³.

La faceta reformista de Alejandro Bunge provocó a los socialistas, pues vieron sólo un militante católico dentro del Estado que competía con su programa legislativo y lo persiguieron sin piedad. Al igual que Bunge, los socialistas habían defendido sin éxito la idea de incluir una pregunta sobre la condición de ocupado o desocupado de la población económicamente activa en el cuestionario demográfico del Tercer Censo Nacional. Incluso, el reclamo socialista utilizaba el término «capital humano», con claras reminiscencias de los argumentos de los estadísticos y economistas liberales británicos, para valorizar el sector industrial frente al entusiasmo de contabilizar sólo la riqueza agrícola y ganadera por parte de la comisión censal²⁴. Al editar el *Anuario Estadístico del Trabajo, año 1913* (1915), los socialistas juzgaron que el dirigente de los Círculos de Obreros Católicos no podía tener objetividad en la elaboración de las estadísticas socio-laborales oficiales, en otras palabras, las “estadísticas católicas” del DNT eran un artefacto científico²⁵.

Otra circunstancia a tono con esta lucha entre católicos y socialistas fue lo ocurrido en el Congreso Americano de Ciencias Sociales (1916), realizado en Tucumán. Ante la presencia de Alejandro Bunge en la sección “Trabajo, previsión y asistencia social”, José Ingenieros renunció a la secretaría y la dejó vacante²⁶. El diputado Antonio Repetto criticó la mayor asignación presupuestaria a la DGEN para el año 1920. Su dedo acusador se posó en la jefatura y denunció que empleados de la agencia esta-

dística del Ministerio de Hacienda realizaban trabajos para la *Revista de Economía Argentina*, al afirmar que “sé también que los empleados de la repartición hacen trabajos de investigación que se entregan luego por la dirección de la oficina como colaboraciones propias a numerosos diarios de la capital”²⁷. El diputado Juan Luis Ferrarotti hizo la defensa del jefe de la agencia estadística más importante, sosteniendo que ser director “de una revista importante no constituye un cargo sino un elogio... además... ¿acaso no hay diputados que además de legislar se dedican a publicar libros, dirigir empresas y otras actividades?”²⁸.

2. El economista y el tecnócrata: 1921-32

Alejandro Bunge renunció a la jefatura de la DGEN en noviembre de 1921, criticando la asignación de empleados públicos impuesta por el personalismo yrigoyenista²⁹. Viajó por los países europeos y los Estados Unidos, hasta que fue convocado nuevamente al cargo de jefe de la estadística nacional por el presidente electo Marcelo T. de Alvear, en febrero de 1923. Entonces diseñó el primer plan económico argentino junto al ministro de Hacienda Rafael Herrera Vegas (1922-23), fracasó en su implementación y renunció (1925), no sin antes polemizar con el nuevo ministro de Hacienda, Víctor M. Molinas. La vuelta de Yrigoyen al poder (1928), y la profundización de la relación comercial con Gran Bretaña, con el arribo de la Misión D’Abernon (1929), no hizo más que empujarlo a alinearse con los golpistas de septiembre de 1930, con quienes colaboró en la intervención de la provincia de Santa Fe (1930-32). Entre los 41 y los 52 años, Bunge vivió un período vertiginoso en el que se consolidó como un autor especializado en temas económicos y financieros y, en menor medida, en cuestiones demográficas. Con el capital acumulado como economista gubernamental y consultor privado construyó una carrera propia de un tecnócrata de los «años locos».

La gravitación del capitalismo industrial en la formación de la renta nacional y del

empleo urbano hizo emerger en Occidente nuevos ordenamientos institucionales y nuevas formas de distribución del poder que configuraron una nueva economía política: el corporativismo³⁰. El poder se desplazó desde los representantes elegidos a las principales fuerzas organizadas de la sociedad y la economía: la soberanía parlamentaria sería un reflejo del nuevo poder emergente y la burocracia de carrera, un mediador. La «nueva economía» no distinguía entre sectores privados y públicos, sino que asumía su interpenetración, producto de las necesidades de la guerra, las crisis económicas y la escala de producción de bienes y servicios, para mostrar una red de grupos de interés y la obsolescencia de la economía de mercado y de los precios. Se aspiraba a crear un sistema productivo más o menos planificado y armonioso, fundado en imperativos tecnológicos y morales. El nuevo corporativismo no quería una vuelta al medioevo, error por el que se lo confundió con parte de la vieja derecha, sino centralizar las transacciones entre las clases industriales. Surgió una visión tecnocrática desde los ingenieros y los hombres de negocios progresistas, fundada en las promesas contenidas en la tecnología y en la organización, con referencias tales como ‘una ordenada sociedad opulenta’, de Herbert Hoover, o el ‘orden industrial postcompetitivo’ de Walther Rathenau. Críticos de los ciclos de auge y depresión de la economía del *laissez faire*, de sus excedentes de producción y estrangulamientos sectoriales, los tecnócratas buscaban eliminar la competencia en pos de una asociación horizontal entre industria y trabajo, y una nueva eficacia de creciente productividad para una sociedad de la abundancia. El manifiesto que reflejó este pensamiento rupturista con las condiciones de la preguerra fue el ensayo de John Maynard Keynes, *The End of Laissez-faire* (1926), que sostenía que la búsqueda del interés privado podía ser guiada expandiendo la agenda de un Estado con la producción de datos a gran escala, fortaleciendo cuerpos públicos semiautónomos con la función esencial de coordinar, regular y estabilizar la actividad económica³¹.

Vuelto a la DGEN, el economista gubernamental se dedicó en apenas dos años y medio a reorganizar la agenda estadística del Ministerio de Hacienda. Bajo su segunda jefatura se introdujeron los sistemas mecánicos de compilación y tabulación de fichas perforadas, las *punch-card machines*, con las que acortaban la tarea y elaboraban las cifras más rápido, reduciendo los errores de manipuleo de datos y extendiendo “considerablemente las posibilidades del análisis estadístico de las cifras”³². Amplió el repertorio de interpretación oficial de estadísticas con la edición, en 1923, de los *Informes*, un análisis de largas series de datos anuales sobre la administración, el presupuesto y las finanzas públicas, el costo de la vida, el comercio exterior, la demografía y el sistema bancario. Abrió a concurso público el ingreso a los cargos jerárquicos, como el de vicedirector de la DGEN, que fue ganado por Raúl Presbisch (1925). Formó parte de la organización de la Primera Conferencia Nacional de Estadística (1925), realizada en Córdoba, que se dedicó a uniformar en todo el país los procedimientos y métodos empleados por las estadísticas nacionales, provinciales y municipales, coordinar las tareas para evitar duplicaciones y sentar las bases para la organización de nuevas ramas de la estadística oficial³³. Por último, Bunge organizó la Oficina de Investigaciones Económicas, del Banco de la Nación (1924-26), incorporando el seguimiento diario de la tasa de descuento y la de pago de cheques³⁴. Este programa debe ser visto como un acontecimiento menos clamoroso que los hechos políticos salientes de la próspera década del veinte, pero no menos decisivo, pues anticipó buena parte de los recursos cuantitativos necesarios para poner en marcha el futuro Estado regulador, y lo hizo dentro de la legalidad democrática y lejos de la Gran Depresión.

Si tomamos distancia del tono conspirativo y denunciante, la argumentación del diputado Repetto sobre una conducta prebendaria por parte de Alejandro Bunge con los bienes simbólicos del área de su responsabilidad ilumina un aspecto que pone de relieve una de las conductas distintivas de

los estadísticos de la entreguerra. Las estadísticas oficiales eran un bien de uso para consumo de la opinión pública que, perfectamente condicionadas, podían convertirse en un bien de cambio. Es decir, la información oficial se transformaba en una mercancía disponible para ser vendida a entidades empresariales, corporaciones y diferentes grupos de interés³⁵. El estadístico gubernamental se convirtió en un economista-consultor, tal como Paul Lazarsfeld, quien a partir de ciertas condiciones favorables creó un instituto de investigación social aplicada, financiado por contratos y desconectado de un proyecto político, capaz de indagar en la elección de un jabón de tocador o de un candidato presidencial en los Estados Unidos³⁶. Del mismo modo, Ernst Wagemann, jefe de la estadística alemana en Weimar, superaba esa doble condición del estadístico del siglo XIX, un *savoir-faire* de naturaleza semi-científica y semi-burocrática³⁷, al convertirse en un «empresario científico» que lograba triplicar el presupuesto asignado, mantenía una corte de empleados fieles y consideró la producción de la oficina estadística y del Institut für Konjunkturforschung a su cargo como sustituto del segundo volumen incompleto de su *Allgemeine Geldlehre* (1923)³⁸. Los informes elaborados por Bunge para el Banco de la Nación (1927), la Sociedad Vitivinícola de Mendoza (1929) o la Social Science Research Council (1931), para citar algunos ejemplos, prueban que estableció una novedosa relación entre el conocimiento factual y la demanda de usuarios públicos y privados³⁹.

Alejandro Bunge ofreció una tercera faceta, la del divulgador de los problemas económicos de la Argentina, con datos y en tono ensayístico. *Las industrias del Norte* (1922) y los cuatro volúmenes de *La economía argentina* (1928-30), fueron obras en las que compiló los principales artículos publicados en periódicos porteños. Analizó la posibilidad de bloques económicos en América Latina, el desequilibrio existente entre las regiones argentinas, las posibilidades de ampliar el mercado interno, la importancia de la inversión en carreteras ante la gran cantidad de automóviles por habitantes, el modelo de

sociedad de consumo norteamericana, la productividad del obrero argentino y el papel de las inversiones extranjeras, por citar algunas de las cuestiones que abordó.

El economista gubernamental, el consultor y el divulgador allanaron el camino para que Alejandro Bunge inaugurara un sitial en la Academia Nacional de Ciencias Económicas, en 1927. Introdujo la discusión presente entre los profesores de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires sobre la viabilidad de una institución regulatoria central del sistema monetario argentino⁴⁰. Entre junio de 1931 y junio de 1933, fue presidente de la Academia y desde esa importante posición hizo un análisis favorable de la situación del país, en relación a los efectos de la Gran Depresión, en *La independencia económica argentina. Actual situación económica y financiera* (1932).

Más allá de las difíciles condiciones económicas presentes, esta visión muestra la faceta más pura de la política de fines del tecnócrata. En *Costo de vida, salarios y rendimiento, República Argentina* (1928) quedó expresado el proyecto neomercantilista de Bunge, a tono con las tendencias tecnocráticas de la década de 1920. Su preocupación era atraer al mismo tiempo trabajadores especializados y técnicos europeos e inversiones extranjeras con destino a concentraciones industriales. Deseaba un mercado interno fuertemente protegido por aranceles así como también deseaba integrarlo mediante la construcción de una red de comunicaciones por carreteras y aeropuertos. Le interesaba lograr el aumento del estándar de vida popular mediante incentivos por productividad y con el entrenamiento laboral continuo de los trabajadores, cuya contrapartida desde el Estado sería la protección social mediante leyes.

Alejandro Bunge dos veces quiso poner en práctica sus ideas y proyectos en programas de política económica, con el Plan Herrera Vegas (1922-24) y en la Intervención de la Provincia de Santa Fe (1930-32). El plan Herrera Vegas ha sido visto como un proyecto fiscalista y como un estímulo a las actividades manufactureras. Si observamos, por un lado, los objetivos y, por otro,

los instrumentos, podremos establecer una proyección más amplia del plan. Objetivos declarados: énfasis en el empleo urbano, ampliación de la población imponible a la clase media alta y centralización impositiva en el Ministerio de Hacienda, equilibrio en las entradas y los gastos de las finanzas públicas, consolidación de la deuda pública y retiro del mercado internacional de capitales de corto plazo. Instrumentos: impuestos aduaneros altos, incorporación de un impuesto a las rentas personales y de las sociedades anónimas, estudio permanente y control del presupuesto nacional, canje de deuda externa por títulos públicos internos y lanzamiento de un plan de obra pública regional⁴¹. En la intervención de la provincia de Santa Fe, Alejandro Bunge decretó el primer compre provincial (1930), antecedente del primer compre nacional (1944), estableció un programa de obras públicas para paliar la desocupación y se abocó a equilibrar el presupuesto de gastos⁴².

3. El ocaso del intelectual conservador y una revancha: 1932-43

Entre los 52 y 63 años, Alejandro Bunge vivió la última etapa de su vida. Bajo la presidencia del general Agustín P. Justo (1932-38) quedó marginado de la coalición de radicales antipersonalistas, conservadores y socialistas independientes, por su apoyo al proyecto uriburista. Aquí se presenta una paradoja, ya que habiendo desarrollado los indicadores clave para establecer la red informativa del Estado regulador, quedó fuera de la vasta organización burocrática cuya base eran las juntas de la producción. Otra paradoja es que habiendo sido durante la década precedente el promotor de la búsqueda de un acuerdo entre el Estado y los productores, ahora los criticaba por su costo fiscal en *El Estado industrial y comerciante* (1932). De todas maneras, hay que destacar que en la década de 1930 Bunge no desarrolló temas económicos con el mismo énfasis que antes. Sobresalieron sus estudios demográficos con prospectivas pesimistas a tono con la idea occidental de 'colapso de

la raza blanca' y una vuelta al perfeccionismo moral del período 1913-21. Si recuperó presencia pública tras el anuncio de las medidas del Plan de Reactivación Económica (1940), del ministro de Hacienda Federico Pinedo, fue durante la presidencia de Ramón Castillo (1940-43) cuando formó parte del grupo de conservadores que intervinieron el Consejo Nacional de Educación. Bunge se hizo cargo del levantamiento del Cuarto Censo Escolar (1943) que, ante la falta de un censo demográfico nacional, aprovechó la posibilidad para incorporar preguntas.

El intelectual Alejandro Bunge vivió dos procesos paralelos. Por una parte, el declive de su palabra autorizada y su peso académico ante una oferta ampliada de bienes culturales en la década de 1930 y, por otra parte, su contracara fue la aparición de un intelectual contestatario e irónico. En primer lugar, la *Revista de Economía Argentina* perdió la exclusividad de poder presentar datos oficiales a manos de la *Revista Económica*, publicada por la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación (1928-34) y, luego, transferida por Raúl Prebisch al Banco Central de la República Argentina (1935-46). Carlos Bernaldo de Quirós se presentó desde la Eugenesia como una alternativa a las interpretaciones demográficas de Bunge, con la edición de los *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social*. A su vez, Carlos Enrique Dieulefait acotó la figura del estadístico dentro de un perfil más académico y menos político, con la creación y dirección del Instituto de Estadística (1932), en la Universidad Nacional del Litoral⁴³. Por último, la organización del Primer Congreso Argentino de la Población por miembros del Museo Social Argentino dejó a Bunge en un lugar menos importante que el que había tenido allí en 1919, cuando recogió e interpretó las respuestas en la encuesta sobre el futuro de la inmigración⁴⁴. En contraposición, ascendió un intelectual sin palabras de compromiso. En el acto contra el Pacto Roca-Runciman (1933), se despachó contra los deflacionistas y los que todavía veían industrias artificiales en la sustitución manufacturera, al

denunciar que “la demanda falaz de la ‘defensa del consumidor’ ha retardado en veinte años nuestra evolución económica... ha de repararse el daño con la afirmación y la demanda constructiva del ‘estímulo al productor’”⁴⁵. Les advirtió a los socialistas que no capitalizaran el descontento obrero con la formación de un frente popular⁴⁶. Celebró la convocatoria del Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular con las siguientes preguntas: “¿A cuántos barrios conduciremos a los huéspedes? ¿Qué exhibirán nuestros delegados? ¿Qué informaciones aportarán sobre nuestra experiencia? ¿Qué planos, maquetas y fotografías de nuestras viviendas populares representativas?”⁴⁷

En la década de 1930 emergió nuevamente el demógrafo que, a partir de las visiones apocalípticas en boga, retomó su programa perfeccionista moral. La obra demográfica de Bunge no fue escrita en el vacío sino que tenía detrás un *corpus* internacional de evidencias, interpretaciones y obsesiones censales. Uno de los hitos del pensamiento demográfico internacional de entonces fue la divulgación de las conclusiones del economista Robert R. Kuczynski, *The Balance of Births and Deaths, vol. I: Western and Northern Europe* (1928), en el Congreso Internacional para los Estudios sobre la Población que se realizó en Roma, en septiembre de 1931⁴⁸. Según los cálculos de Kuczynski, la fecundidad de las mujeres blancas, comparada con la de las mujeres de ‘raza amarilla’, anunciaba una fertilidad decreciente en los países de población de origen europeo y les daba fundamento empírico a las ideas escépticas sobre el fin de la raza blanca⁴⁹. La Liga de Naciones avaló estas conclusiones en sus *Statistical Yearbooks* y entre los economistas preocupados por esta tendencia declinante estaba John Maynard Keynes, en “Some Economic Consequences of a declining population” (1937). Desde las teorías culturales, el demógrafo Roderich von Ungern-Sternberg sostenía, en *The Causes of the Decline in the Birth Rate within the European Sphere of Civilization* (1931), que se limitaba el número de nacimientos con el objeto de alcanzar la

prosperidad, siendo ésta la meta matrimonial y el medio para realizarla era el control de la natalidad⁵⁰. Otro de los que abonaban el pesimismo demográfico occidental desde la crítica a la vida sedentaria y materialista del Occidente industrializado fue el médico francés Alexis Carrel (1873-1944), desde su más conocida obra *Man, the Unknown* (1935)⁵¹.

La respuesta política a la evidencia declinante de la población fue una política pública obsesiva en el aliento y minucioso control de los nacimientos. El fascismo italiano propuso una vuelta al campo, viendo en la campaña un lugar alternativo a las tentaciones materiales del urbanismo⁵². La Alemania nazi premió a las madres con seis o más niños como baluarte de la fortaleza demográfica del *III Reich*. En la Francia republicana hubo amplia publicidad y movilizaciones públicas para castigar la práctica del aborto, que bajo Vichy se tradujo en pena capital. En Suecia y en algunos estados de Norteamérica se esterilizaban enfermos y delincuentes peligrosos para la salud pública, para atenuar la proporción de insanos con capacidad reproductiva. El caso extremo ocurrió en la Unión Soviética, pues allí se trató de explotar políticamente la realización de un censo demográfico, en 1937, para demostrar que la patria de la revolución proletaria no sufría tal desaceleración de la natalidad. Sin embargo, las cifras reflejaron el bajón demográfico producto de la brutal represión y masacre de los campesinos medianos, *kulaks*. De los 180 millones de habitantes proyectados, se contabilizaron 156 millones: a fines de año Ivan Kraval, comisario encargado del censo, fue fusilado por sabotaje y sus colaboradores enviados a Siberia⁵³.

En el editorial “Problemas de la Demografía”, el diario *La Nación* consignó “parece, pues, necesario y urgente que los poderes públicos contemplen estos hechos y preparen la solución de un problema que si todavía no alarma por sus resultados, tiende evidentemente a mermar nuestra fuerza y a retardar el ritmo de nuestra prosperidad”⁵⁴. En este difícil contexto las ideas demográficas de Alejandro Bunge eran la conclusión

del diagnóstico de que la sociedad argentina, de origen europeo, moría por falta de nacimientos y ante la falta del saldo inmigratorio transatlántico. La tasa de natalidad decreciente surgida de los censos de la ciudad de Buenos Aires (1936) y de la provincia de Buenos Aires (1938), le hizo advertir que “hemos entrado ya, inevitablemente, en la zona potencial de la despoblación”:

“El reemplazo de todas las mujeres en edad fecunda (las de 15 a 49 años, de acuerdo con el concepto de la Sociedad de las Naciones), calculado con el método de Robert R. Kuczynski, da como relación actual, 668 mujeres para reemplazar a cada 1000 existentes.

Dicho en otros términos, esto significa que cuando ese grupo de mujeres en la edad fecunda haya sido totalmente reemplazado por las que van sustituyéndolas, nacerán solamente 668 por cada mil que nacen ahora.”⁵⁵

La visión apocalíptica se presentó con la figura de “las cunas vacías originan vacantes en los bancos escolares y más tarde claros en el ejército”⁵⁶. Con sus ideas demográficas Bunge hizo una puesta en escena a tono con los pronósticos pesimistas, pues ofreció dos conferencias. Una, en el Teatro Cervantes, invitado por la Asociación por los Derechos del Niño, en noviembre de 1939, y la otra, en la Sociedad Científica Argentina, en diciembre de 1939.

La búsqueda de soluciones ante la baja natalidad iba desde el interior hacia la ciudad de Buenos Aires. Se debía reorientar la inversión pública hacia las regiones más prolíficas del interior, pues allí estaba “nuestro mayor almacigo de los ciudadanos del futuro”⁵⁷. Proponía una vuelta al campo en el litoral urbanizado con la colonización de la tierra fiscal en buenas zonas y lotes chicos, “en gran escala para el productor-consumidor”, según el nuevo concepto que introdujo sobre la función social de la tierra que, por otra parte, impulsaría el deprimido consumo interno⁵⁸. También, una reforma de los impuestos sucesorios para redistribuir los recursos desde las familias pudientes, los solteros y los matrimonios sin hijos “de todos los sectores sociales”, a las

familias con más de tres hijos y de pocos recursos. Por último, incentivos fiscales para alentar la construcción de viviendas urbanas baratas y así superar el hacinamiento de las familias numerosas. El perfeccionista moral emergía, por ejemplo, con su propuesta de “promover el casamiento temprano en las clases acaudaladas tal como ocurre en las de pocos recursos”⁵⁹.

Otra de las preocupaciones de Alejandro Bunge eran las familias numerosas alojadas en viviendas urbanas y suburbanas de una o dos habitaciones. Las circunstancias hicieron que estableciera un cierre circular sobre la totalidad de su obra escrita. Si en 1913, como jefe de la DE-DNT había comenzado realizando muestreos en barrios porteños sobre las condiciones de vida de la familia obrera, treinta años más tarde realizó la misma tarea y sobre el mismo objeto social, pero esta vez dentro de un censo escolar. En octubre de 1941 quedó sancionada la ley 12723 que encomendó al Consejo Nacional de Educación levantar el censo escolar. Bunge fue nombrado jefe del Cuarto Censo Escolar, del Analfabetismo y la Vivienda. El nombre ampliado se debía a que Bunge propuso llegar a conocer, en abril de 1943, a la población argentina entre 0 y 21 años, a sus padres y tutores (quedaron fuera los mayores de 22 años y los casados sin hijos o con hijos mayores de 22 años), junto a las condiciones que reunía la vivienda de los censados, su profesión y los ingresos habituales. Tal como destaca Horacio A. Torres, este censo incluyó una serie de ítems de particular interés para definir el carácter de las áreas urbanas, como por ejemplo el hacinamiento de las viviendas, ya que destacó el «hacinamiento individual» del «hacinamiento colectivo»⁶⁰.

Una de las satisfacciones, y otra de las paradojas de la última etapa de la vida de Alejandro Bunge, fue que treinta años después de la dura puja política entre dos proyectos reformistas compitiendo por atraer a la clase obrera, obtuvo el pleno apoyo de la bancada socialista. El diputado Adolfo Dickman, presidente de la Comisión de Instrucción Pública de la cámara baja, soli-

citó la colaboración de la población con los organizadores y encuestadores del censo escolar, en su mensaje emitido por la radio del Estado:

El Presidente del Consejo Directivo del Censo Escolar de la Nación, Ingeniero Alejandro E. Bunge, me ha invitado, en mi carácter de legislador que ha contribuído, con su voz y su voto, a la sanción de la ley 12723, a dirigirles la palabra y exhortarles a que contribuyan, con su mejor buena voluntad, en el día de mañana, al cumplimiento de la ley, para que el Censo Escolar, del Analfabetismo y de la Vivienda se realice con eficiencia y exactitud. Agradezco la deferencia del Ingeniero Bunge; y lo hago complacido en cumplimiento de un alto deber ciudadano y patriótico.”⁶¹

4. A modo de conclusión: Alejandro Bunge y sus respuestas a los desafíos de la entreguerra

En estas breves líneas intenté sistematizar treinta años de escritura de Alejandro Bunge para establecer énfasis temáticos, preocupaciones, hitos y etapas. Un análisis que tenga en cuenta los diferentes espacios públicos que recibieron su palabra y polemizaron con sus ideas desecha la tesis del intelectual solitario, abre un campo virgen sobre las interpretaciones y las representaciones del Estado, la economía y la sociedad de su tiempo.

Bunge tuvo una línea de continuidad intelectual con un colectivo de altos funcionarios surgido del complejo entramado burocrático del moderno Estado liberal, que emergió en la Argentina con posterioridad de la crisis político-financiera de 1890. El Ministerio de Agricultura (1898), las comisiones revisoras de leyes aduaneras del Ministerio de Hacienda (1894, 1899 y 1907) y el Departamento Nacional del Trabajo (1907), ubicado dentro del Ministerio del Interior, son ejemplos en diferentes escalas de los objetivos político-burocráticos de establecer un papel público mediador en los conflictos de intereses dentro de la sociedad aluvial. Los expertos, tales como

Emilio Lahitte, Alberto Martínez, Francisco Latzina y, luego, Bunge, no hicieron más que discutir cómo orientar la asignación de la inversión pública y, a partir de ella, algunas partidas del presupuesto nacional. Por otra parte, se ha enfatizado la visión pesimista de Bunge de la relación comercial con Gran Bretaña, con claras resonancias de la historiografía revisionista. Sin embargo, vale la pena profundizar en un Bunge neomercantilista que exigió más gravitación del Estado, propuso incorporar impuestos directos para financiarlo y pretendió establecer incentivos para una mayor productividad empresarial y laboral. Bunge era, al igual que Keynes o Wagemann, uno de los muchos expansionistas que presentaban recetas atractivas, aunque a la hora de explicarlas perdían sistematicidad en sus argumentos ante los contraargumentos de los ortodoxos, con su ajuste por deflación de precios, adhesión al patrón oro y reivindicación de la figura del consumidor como actor protagónico de la economía. Por último, la posición marginal del intelectual se tradujo en pesimismo y el tópico sobre el colapso de la raza blanca fue funcional a su lugar como intelectual en su madurez.

Una biografía de Alejandro Bunge es un desafío en el que deben convivir el estadístico, el demógrafo perfeccionista moral, el consultor, el economista y el divulgador económico dentro de una misma personalidad. El otro desafío es reconstruir un clima de época en el que debemos contrapesar la incertidumbre y la heterodoxia reinante con las innovaciones acontecidas y las transferencias intelectuales para preguntarnos si, a modo de maldición oriental, Alejandro Bunge vivió en una época interesante.

¹ Charles S. Maier, *In Search of Stability. Explorations in Historical Political Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 19-69.

² William J. Barber, *From New Era to New Deal. Herbert Hoover, the Economists, and American Economy Policy, 1921-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 3.

³ Alejandro E. Bunge [AEB], *Varios problemas de la economía nacional. Conferencias de extensión universitaria*, Buenos Aires, Imprenta y casa editora Coni, 1919, p. 32.

⁴ Tal como le expresó al ministro de Hacienda Domingo Salaberry sobre su papel frente a las oscilaciones de los precios de exportación en 1917 AEB, “Precios de exportación. Importante problema nacional”, *La Razón*, 22 de diciembre de 1917, p. 5.

⁵ Alberto B. Martínez, *Les finances de la République Argentine. Budget, dépenses, revenus et dette publique*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1898, p. 487.

⁶ AEB, “El impuesto a la renta”, *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, n° 81-84, 1918, pp. 737-738.

⁷ Juan A. Alsina, *Población, tierra y producción*, Buenos Aires, Imprenta calle México 1422, 1903.

⁸ AEB, *Varios problemas de la economía nacional. Conferencias de extensión universitaria*, pp. 32-37.

⁹ Para una historia internacional del desarrollo de la categoría ‘desocupado’, Christian Topalov, *Naissance du Chômeur, 1880-1910*, París, Albin Michel, 1994.

¹⁰ AEB, *Los problemas económicos del presente*, Buenos Aires, sin editor, 1921, pp. 240-241.

¹¹ Terence Hutchison, *Historia de las doctrinas económicas, 1870-1929*, Madrid, Gredos, 1967, p. 419.

¹² Carlos S. Nino, *Ética y derechos humanos. Un ensayo de fundamentación*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pp. 133-158.

¹³ AEB, *Varios problemas de la economía nacional...*, p. 27.

¹⁴ AEB, “La nupcialidad en la Argentina. Su descenso durante la guerra”, *La Prensa*, 9 de mayo de 1919, p. 11; “Los matrimonios y la familia en la República. Serio problema de cultura en la mayoría de las provincias”, *La Prensa*, 18 de mayo de 1919, p. 5.

¹⁵ Raúl P. Mentz y Víctor J. Yohai, “Sobre la historia de la enseñanza de la estadística en las universidades argentinas”, *Estadística Española*, vol. 33, n° 128, pp. 537-538; Universidad Nacional de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, *Plan de estudios, ordenanzas, reglamento, 1° de febrero de 1915*, Buenos Aires, Imprenta de G. Kraft, 1915; y Facultad de Ciencias Económicas, *Investigaciones de Seminario*, vol. II, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1921, pp. 451-457.

¹⁶ Gastón Federico Tobal, *Lecciones de Geografía Argentina*, Buenos Aires, Librería de A. García Santos, 1921 (4° edición), p. VIII.

¹⁷ “La Revista de Economía Argentina”, en *Revista de Economía Argentina [REA]*, año I, n° 1, julio 1918, p. 3. Respecto a los directores del período 1918-21, Juan José Llach, *La Argentina que no fue*, Buenos Aires, 1985, p. 165.

¹⁸ Enrique Ruíz Guiñazú, “Advertencia”, *Boletín del Museo Social Argentino*, t. VIII, n° 85-90, enero-junio 1919, p. III.

¹⁹ Alexander E. Bunge, *The Coefficient of Money Correction. The Use of Index Numbers in the Determination of fluctuations in the Purchasing Power of Money*, Washington, D. C., s./e., 1920.

²⁰ AEB, “El intercambio económico de la República Argentina en 1916. El comercio especial exterior. Ampliación de la información estadística”, *La Nación*, 16 de marzo 1917, p. 5.

²¹ “Aforos y tributos, lo que explica la estadística nueva. Necesidad de reformar la tarifa”, *La Razón*, 6 de julio de 1917, p. 3.

²² Editorial, “Organización de la estadística argentina”, *LA PRENSA*, 1/X/1919, p. 7.

²³ *The Buenos Aires Herald*, 10 de junio de 1920, p. 7.

²⁴ Redacción, “Lo que no debe faltar en el censo”, *La Vanguardia*, 26 de septiembre de 1913, p. 1.

²⁵ “La última estadística sobre la desocupación obrera”, *La Vanguardia*, 13 de diciembre de 1913, p. 1.

²⁶ Eduardo A. Zimmermann, “Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916”, *Desarrollo Económico*, n° 124, enero-febrero 1992, pp. 561-562.

²⁷ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, año 1919, t. V: sesiones ordinarias, septiembre 20-septiembre 30 de 1919*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1920, p. 373.

²⁸ *Idem*, p. 379.

²⁹ “El director general de Estadística renunció”, *La Nación*, 16 de noviembre de 1921, p. 5.

³⁰ Charles Maier, *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, pp. 17-31.

³¹ William J. Barber, *From New Era to New Deal...*, pp. 40-41.

³² *Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1925*, Buenos Aires, G. Pesce, 1926, p. 198.

³³ República Argentina, DGEN, *Recomendaciones de la Primera Conferencia Nacional de Estadística*, Informe n° 16, Buenos Aires, G. Kraft, Impresor, 23 de noviembre de 1925.

³⁴ “La Oficina de Investigaciones del Banco de la Nación Argentina”, *REA*, t. XXI, n° 124, octubre 1924, pp. 313-330.

³⁵ Esta hipótesis de trabajo sobre la mercantilización del saber surge de Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 13-19.

³⁶ Tal como propone Michaël Pollak, “Paul F. Lazarsfeld, fundador de una multinacional científica”, en AA. VV., *Materiales de Sociología Crítica*, Madrid, Las ediciones de La Piqueta, 1986, pp. 36-82.

³⁷ Eric Brian, “Del buen observador al estadístico del Estado: la mundialización de las cifras”, *Anuario del IEHS*, n° 14, 1999, pp. 15-21.

³⁸ J. Adam Tooze, *Statistics and the German State, 1900-1945. The Making of Modern Economic Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 110-113.

³⁹ AEB, *La nueva política económica argentina. Introducción al estudio de la industria nacional*, Buenos

Aires, Unión Industrial Argentina, 1921; -, *Costo de la administración bancaria. Informe*, Buenos Aires, Banco de la Nación Argentina-Compañía General de Fósforos, 1927; *Informe del ing. A. E. Bunge sobre el problema vitivinícola*, Buenos Aires, Sociedad Vitivinícola de Mendoza-Compañía Impresora Argentina, 1929; AEB and Carlos García Mata, "Argentina", en Walter F. Willcox (editor), *International Migrations, vol. II: Interpretations*, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 1931, pp. 143-160.

⁴⁰ Academia Nacional de Ciencias Económicas, *Biblioteca*, vols. 1-2, Buenos Aires, 1927-1928.

⁴¹ AEB, *Equilibrio financiero. Un proyecto moderno de política económica y financiera. Plan Herrera Vegas*, Buenos Aires, Mercatali, 1924.

⁴² "Quedó constituida la Comisión de Economía Nacional de la Provincia de Santa Fe", *Anales de la Unión Industrial Argentina*, n° 743, noviembre de 1930, pp. 21-39.

⁴³ Raúl P. Mentz y Víctor J. Yohai, "Sobre la historia de la enseñanza de la estadística en las universidades argentinas", p. 544.

⁴⁴ "Congreso de la Población", *Boletín del Museo Social Argentino*, año XXVIII, n° 219-220, septiembre-octubre 1940, pp. 337-342.

⁴⁵ "La gran manifestación pro Industria y trabajo nacional", *Anales de la Unión Industrial Argentina*, año XLVI, n° 774, junio 1933, p. 30.

⁴⁶ AEB, *¿Por qué esperar?*, Buenos Aires, s./ed., 1937, pp. 75-79.

⁴⁷ AEB, "¿Qué vamos a exhibir en el Primer Congreso de la Vivienda Popular?", *La Nación*, 2 de junio de 1939, p. 6.

⁴⁸ "Congreso Internacional para los estudios sobre la población, Roma, 7-10 de septiembre de 1931", *Metron*, vol. IX, n° 2, agosto 1931, pp. 167-192.

⁴⁹ Robert R. Kuczynski, "Method of measuring the balance of births and deaths", *Metron*, op. cit., p. 191.

⁵⁰ Sydney H. Coontz, *Teorías de la población y su interpretación económica*, FCE, México, 1960, pp. 65-90.

⁵¹ Andrés Horacio Reggiani, "Alexis Carrel, the Unknown: Eugenics and Population Research under Vichy", *French Historical Studies*, vol. 25, n° 2, verano 2002, pp. 331-356.

⁵² Carl Ipsen, *Dictating Demography. The Problem of Population in Fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁵³ Jean-Jacques Marie, "En URSS, même les recensements étaient truqués!", *L'Histoire*, n° 196, febrero 1996, pp. 12-13.

⁵⁴ Editorial, "Problemas de la Demografía", *La Nación*, 22 de junio de 1936, p. 7.

⁵⁵ AEB, "El drama demográfico de un país joven", *REA*, t. XXXVII, n° 245, noviembre 1938, pp. 327-328.

⁵⁶ AEB, "Nuestra inesperada y prematura madurez", *REA*, t. XXXVIII, n° 251, mayo 1939, pp. 133-137.

⁵⁷ AEB, "Se gobierna con información inactual. La mortalidad infantil", *REA*, t. XXXVIII, n° 247, enero 1939, pp. 7-11.

⁵⁸ AEB, "Un privilegio argentino que tiende a desaparecer. Decrece el aumento anual de la población", *REA*, t. XXXII, n° 192, junio 1934, pp. 225-226; -, "La colonización y los problemas demográficos argentinos", *REA*, t. XXXV, n° 214-216, junio-agosto 1936, pp. 51-52.

⁵⁹ AEB, "Examen panorámico de los caracteres de la denatalidad en la Argentina y de las reacciones que ha originado su revelación", *REA*, t. XXXVIII, n° 252, junio 1939, pp. 163-168.

⁶⁰ Horacio A. Torres, "Cambios en la estructura socioespacial de Buenos Aires a partir de la década de 1940", en Jorge Raúl Jorrot y Ruth Sautu (compiladores), *Después de Germani. Exploraciones sobre Estructura Social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 162.

⁶¹ República Argentina, *IV Censo Escolar de la Nación*, vol. I, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, 1948, p. 102.